

1913

18 DE JULIO

Hoy a las 9 de la mañana salí a pie de Jiquilpan rumbo a Apatzingán en compañía de Antonio Cervantes. Llegando a Huáscato a la casa de Jesús Pulido.

19 DE JULIO

Salimos de Huáscato llegando a Los Reyes.

23 DE JULIO

Salimos de Los Reyes a pie pasando por Peribán y llegamos hasta Apo, alojándonos en un mesón. Aquí encontré a don Magdaleno Farías, de Jiquilpan, que va con su señora hacia Buenavista. Le platiqué llevaba el mismo rumbo y acordamos salir al día siguiente temprano.

24 DE JULIO

Salimos de Apo pasando por los ranchos de Carreras y Corral de Piedra, entrando a Buenavista al oscurecer. La señora viajó en burro que arreaba don Magdaleno. Él y yo caminamos a pie. Nos alojamos en la humilde casa de Marcelino Ruiz, alias “El Chaparro”, que conocí estando él de arrestado en Jiquilpan, cumpliendo una condena por heridas. Vivía en Buenavista con su señora Anastasia

y su pequeña hija Angelina. Nos brindaron su hogar compuesto de una sola pieza y en dos petates que nos proporcionaron pasamos la noche. Dormimos bien por el cansancio de la jornada.

21 DE NOVIEMBRE

Salí en tren hoy de Jiquilpan en compañía de Luis Moreno, llegando a Yurécuaro a las 8 horas.

28 DE NOVIEMBRE

Hoy salimos en tren de Yurécuaro, llegando al oscurecer a Guadalajara.

En julio de 1913 me incorporé a la Revolución en el pueblo de Buenavista del distrito de Apatzingán, Mich., a las fuerzas del general Guillermo García Aragón, extendiéndoseme el despacho de Capitán Segundo, incorporado al Estado Mayor del propio general García Aragón, desempeñando el puesto de secretario.

El general García Aragón hacía pocos meses se había internado al Estado de Michoacán procedente de los estados de Morelos y Guerrero, con órdenes del Primer Jefe don Venustiano Carranza de operar en Michoacán coordinadamente con el general Gertrudis Sánchez, jefe entonces de las fuerzas revolucionarias que ya operaban en el Estado.

El general García Aragón operó por algún tiempo bajo el mando del general Zapata y por diferencias tenidas con algunos jefes zapatistas se internó al Estado de Michoacán. El general García Aragón era hombre valiente, correcto en su trato, que imponía buen comportamiento a sus tropas.

Formaban parte de la columna de 400 hombres que comandaba directamente el general García Aragón, los jefes Cipriano Jaimes, Luis Santoyo, Alejo Mastache, José Riverón, José Trinidad Regalado, jefe agrarista, originario de Atacheo, del distrito de Zamora; Agustín Albarrán, Ignacio Valdovinos, ingeniero José

Viguri, José Castrejón; y como oficiales Jesús Manuel Madrigal, Plutarco Castañón, Carlos Tapia, Melesio Uribe, pagador Julio Figueroa, estos últimos oficiales fueron con los que guardé mayor amistad, principalmente con Melesio Uribe, originario de Buenavista de Cuéllar del Estado de Guerrero. Otros jefes con mando de fuerzas que reconocían la jefatura del general García Aragón operaban por distintas zonas del Estado y algunos en el Estado de Guerrero.

En la campaña en Michoacán nuestra columna operó la mayor parte del tiempo en la zona de Tierra Caliente, en los distritos de Apatzingán, Arteaga, Huetamo y con más frecuencia en la zona de Churumuco, haciendo algunas excursiones por los distritos de Ario de Rosales, Uruapan y Zamora.

La primera acción de armas en la que participé fue atacando en Aguililla, Mich., a la guarnición federal de la que era jefe el mayor Ignacio A. Bravo, guarnición que fue desalojada después de cuatro horas, registrándose varias bajas de una y otra parte.

En septiembre del mismo año de 1913, en las primeras horas de la noche del día 13, combatimos en la plaza de Purépero contra las fuerzas federales al mando del general Rodrigo Paliza, que con superiores contingentes de infantería y armamento llegó procedente de Zamora. Se combatió durante tres horas, teniendo que dejar la plaza por falta de municiones y en medio de una lluvia torrencial. En la madrugada del 14 nos encontramos reunidas la mayor parte de nuestras fuerzas en la serranía que se interpone entre Purépero y la Cañada de Chilchota. Allí se nos incorporó por la mañana el coronel agrarista Ernesto Prado, originario de Tanaquillo, con 50 hombres.

El general García Aragón ordenó que su columna marchara en grupos por distintos rumbos hacia Apatzingán, en donde esperaba encontrar armas y municiones.

Nuestro grupo que fue encomendado al mayor José Trinidad Regalado, jefe agrarista, marchó de las cercanías de Chilchota por

la sierra hacia Peribán y Tancítaro, para incorporarnos en Apatzingán con el general García Aragón, yendo yo con este grupo, por conocer el camino que ya había transitado a pie cuando en 1913 salí de mi tierra natal hacia Apatzingán, pasando por estos puntos.

Nuestros recorridos desde las cercanías de Purépero los hicimos sin encontrar enemigo y en la madrugada del día 16 que nos encontrábamos en Acahuato, ya montados para seguir a Apatzingán, el mayor Regalado nos comunicó que él se regresaba a operar en el ditrito de Zamora. El capitán Meza, segundo del mayor Regalado, quiso obligarme a regresar con ellos y el mayor Regalado intervino para que yo siguiera a alcanzar al general García Aragón.

Yo, el cabo José Refugio Tejeda y el teniente Alfonso Carrillo, originario de la zona de Churumuco, herido en una pierna en el combate de Purépero, seguimos hacia Apatzingán a donde entramos de noche, informándonos que había fuerzas federales en las inmediaciones de Apatzingán y que el general García Aragón había llegado el día anterior con 100 hombres, continuando hacia Guerrero, cruzando el río Tepalcatepec por el paso El Pirul. Dejamos al oficial Carrillo en la casa de un amigo de él y con Refugio Tejeda nos dirigimos a la población de Parácuaro, donde encontramos al coronel Cenobio Moreno con 200 hombres montados y regularmente armados, incorporándonos con él. En esta fuerza encontramos a los jefes revolucionarios Eleno Carrillo, Jesús Soria, Bonifacio Moreno, hermano de Cenobio, y como capitán primero a José Tafolla Caballero que se distinguía por su actividad y valor, con quien más hice amistad.

Ya incorporado con el coronel Cenobio Moreno y con el mismo grado de Capitán Segundo, me incorporé a su escolta y después de dos días de estancia en Parácuaro salimos a la antigua hacienda de Úspero, en donde encontramos al general Martín Castrejón, nombrado por el señor Carranza gobernador de Mi-

choacán. El general Castrejón se encontraba en Úspero con 300 hombres, figurando entre los jefes Benigno Serrato, Rafael Sánchez, Primo Reyes, Antonio Medina, Jesús Soria; este último se había incorporado procedente de las fuerzas del general García Aragón. Ya unidos emprendimos la marcha hacia el Carrizal de Arteaga que defendía el prefecto, general auxiliar Gordiano Guzmán. Encontramos al enemigo posesionado de las alturas del cañón situado adelante de la Cuesta de Arucha y allí se combatió desde las 9 hasta las 14 horas, que se concentró el enemigo a la población de Arteaga y nuestras fuerzas a Tumbiscatío, a donde llegamos a las 11 de la noche. Al día siguiente se pasó lista, faltándonos 80 hombres, entre ellos el capitán Medina que murió en la primera emboscada que encontró en la barranca que principia al bajar de la Cuesta de Arucha. Permanecimos 3 días en Tumbiscatío y de allí volvimos al rancho del Aguaje, a una jornada de Parácuaro, y dos días después continuamos hacia la hacienda de Zicuirán, cruzando el río Casilda de noche por el paso de La Pastoría, en donde se ahogaron un oficial y cuatro soldados, arrastrados por la corriente. Al día siguiente nos encontramos acampados en la hacienda de Zicuirán y un día después fuimos atacados por la columna "Prado y Tapia", columna federal huertista que marchó con su mayor contingente siguiendo el río desde La Huacana hasta Zicuirán, sorprendiendo a un grupo de soldados de nuestras fuerzas que se encontraban bañándose, defendiéndose sin vestirse, muriendo allí cuatro de ellos; el resto se reincorporó desnudo en el casco de la hacienda de Zicuirán, en donde ya se habían tomado los dispositivos de defensa: el general Castrejón, coronel Moreno, Serrato, Rafael Sánchez y otros oficiales, entre ellos yo, en el cerrito de La Nopalera, inmediato al casco de la finca; Primo Reyes, Tafolla y Soria en el corral de piedra inmediato al casco; en la cordillera cerril de la margen derecha del río Zicuirán, frente a la finca, 50 hombres con Eleno Carrillo. El enemigo, en su mayor parte de infantería, se concentró al ataque de la finca, del corral

de piedra y el cerrito de La Nopalera, en donde se resistió durante cuatro horas, teniendo que emprender la retirada por falta de municiones.

Al hacerse sentir el enemigo con el grupo que se bañaba en el río, el general Castrejón se encontraba en el extremo del corredor de la finca escribiendo; Rafael Sánchez, Benigno Serrato y otros jugaban baraja; yo me encontraba en el extremo opuesto, revisando una pequeña cámara fotográfica que encontré en el propio corredor. Montaba entonces yo un caballo ruano y al salir de la finca para dirigirnos al cerrito de La Nopalera fue muerto el caballo del teniente coronel Serrato a quien monté en mi caballo, llevándolo en él hasta que tuvo otro que le proporcionó el general Castrejón.

De Zicuirán nos dirigimos a San Pedro Jorullo, propiedad del general Martín Castrejón. Nuestro contingente formaba entonces 350 hombres sin municiones. Al día siguiente de haber llegado a San Pedro tomamos la dirección de La Huacana, pasando a la orilla de la población y siguiendo a la finca del Tejamanil, situada entre La Huacana y Ario, en donde encontramos fuerzas federales con las que se combatió y en donde por falta de municiones nuestras fuerzas se retiraron hacia Churumuco.

El general Castrejón dispuso la formación de varios grupos de su propia columna para que operaran en distintas zonas y así llamar la atención del enemigo por diferentes rumbos. El general Castrejón permanecía entre Churumuco y San Pedro Jorullo con una escolta. Yo quedé incorporado con el contingente de 50 hombres que comandaba el capitán Primitivo Mendoza, originario de Aguililla, quien días después, encontrándonos en el paso de La Pastoría, río Casilda, manifestó se retiraba a la sierra de Coalcomán.

Yo con mi asistente José Refugio Tejeda y dos oficiales, seguimos rumbo a Cancita, en donde a larga distancia nos divisó un grupo de la Defensa Rural organizada por las fuerzas federales, internándonos en el bosque y siguiendo por fuera de caminos lle-

gamos a las cercanías de la antigua hacienda de La Concha, a donde me dirigí solo al día siguiente (domingo), dejando a los tres compañeros en las faldas del cerro de Cinco Hojas, esperando noticias que les enviaría de La Concha. Al llegar a La Concha, que administraba un hermano de mi madre, don José María del Río, y antes de penetrar a la finca, escuché y oí fuertes voces y ruidos de espuelas y armas y acercándome más pude ver a un grupo de federales sentados a la mesa en el amplio corredor de la finca. Era el coronel auxiliar Octavio de la Peña, prefecto que fue de Apatzingán y que iba incorporado a las fuerzas de Prado y Tapia, cuya columna se encontraba entonces en la plaza de Apatzingán. Se retiraron a las 11 de la noche y una hora después me presenté con mi tío, que se sorprendió y rápidamente me llevó a la bodega de la casa, donde me colocaron un catre después de invitarme a cenar. Le pedí se mandara un sobre que escribí a los acompañantes que había dejado en las faldas del cerro de Cinco Hojas para que se trasladaran a La Concha y manifestó que era peligrosa su presencia allí por los contingentes huertistas que habían invadido ya toda la Tierra Caliente. Se les enviaron alimentos y un escrito de mi parte, para que se incorporaran al capitán Primitivo Mendoza que había seguido rumbo a Aguililla, José Refugio Tejeda llegó al día siguiente por la noche a La Concha y allí se le alojó.

Permanecimos cinco días en La Concha y tuve noticias que por Tancítaro se encontraba parte de las fuerzas del coronel Cenobio Moreno y una mañana salimos de La Concha, Tejeda y yo, a caballo, con un acompañante que me proporcionó mi tío don José María, que conocía caminos y veredas. Al día siguiente a las 9 horas, ya cerca de Tancítaro y desde una altura que dominaba el pueblo, vimos movimiento de fuerzas y casualmente encontramos en las faldas del propio cerro a un leñador que nos informó eran fuerzas huertistas, que habían llegado por la noche anterior haciendo aprehensiones de algunos vecinos.

Seguimos nuestro camino por las faldas del Tancítaro rumbo a

Peribán, caminando por veredas que Tejeda conocía, regresando de allí al acompañante que nos proporcionaron en La Concha. Estábamos, ya entrada la noche, a una hora del puente construido en las orillas de Peribán, cuando gritaron: “¡Alto ahí, quién vive!”; dejamos allí los caballos y nos deslizamos hacia la barranca del río y después de dos horas llegamos a la casa de Agapito Mejía, amigo mío, en donde encontramos a su esposa con sus dos hijos en los brazos, Luis y una niña, que al vernos prorrumpió en llanto, diciéndonos que el día anterior se había presentado una fuerza federal al mando de un teniente de apellido Villaseñor, cateando la casa y preguntando por mí; que habían tenido aviso de Apatzingán que al día anterior llegaría yo a su casa; no encontrándome se lo llevaron preso y llorando temía por su vida. Posiblemente alguna indiscreción de las gentes de La Concha que guardaban amistad con oficiales que acompañaban a Octavio de la Peña, fueron los que avisaron de mi llegada a la casa de Agapito Mejía, que sabían que don Agapito llevaba cartas a mi madre.

Estaba la señora de Agapito pidiendo que nos retiráramos porque la fuerza enemiga estaba muy cerca, en el puente, cuando llegó don Agapito jadeante; se les había escapado esa mañana en Los Reyes, lo conducían a Zamora, pero un vigilante de la guardia en donde pernoctaron la noche anterior se dio cuenta de su huida cuando ya estaba a más de 50 metros de distancia, disparándole algunos tiros que no lo tocaron.

Refugio Tejeda, originario de Peribán, manifestó deseos de quedarse allí y se retiró por el río para buscar a su familia. Don Agapito me acompañó siguiendo río abajo hasta alejarnos de Peribán y después tomamos rumbo a Huáscato, en donde pernoctamos, y al día siguiente a las 4 horas emprendimos el viaje hacia Jiquilpan, pasando por las orillas de Jaripo, en donde se encontraba formado en la plaza un grupo de gente armada, perteneciente a las fuerzas federales de Zamora. A las dos horas se despidió don Agapito Mejía para regresar a Peribán, agradeciéndole

yo sus servicios y obsequiándole un sarape de los tejidos en Cherán, Mich. Yo seguí rumbo a Jiquilpan dejando el camino, guiándome la dirección de mi pueblo natal situado en las cercanías del cerro San Francisco o Huanimba.